



Forjadores de nuestra historia

Historia de la medicina “Dr. Salvador Zubirán”: Un ser humano excepcional¹

Guillermo Soberón Acevedo*

* Presidente de la Fundación Mexicana para la Salud.

Con esta ceremonia de inicio de la trigésima octava reunión anual de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, llegamos al final de los Actos Conmemorativos del año del Centenario del Natalicio del Maestro Salvador Zubirán que fueron iniciados en enero de 1998.

En el Comité Organizador de dichos Actos participaron, en forma directa, veinticinco personas representantes de trece instituciones vinculadas a la brillante trayectoria del Maestro. Nos acompañaron en los trabajos del Comité, una de sus hijas, Yolanda, así como el Lic. Manuel Serrato Ruiz a nombre de sus amigos.

En total se programaron 25 eventos para celebrar y honrar, a lo largo del año, al Maestro Zubirán. En un principio, el proyecto denotaba tintes de regocijo pues se daba el caso notable de que el homenajeado estuviera presente las más de las reuniones previstas. Si bien tuvimos la fortuna de contar con la presencia, siempre jubilosa, del Maestro, sus precarias condiciones de salud no le permitieron asistir a todas. Dos de ellas hubieron de cancelarse debido a que su realización sería justo en fechas próximas a su lamentable deceso, el 10 de junio pasado, a seis meses y trece días de alcanzar el centésimo aniversario de su natalicio.

La manera en que logró zanjar el tramo entre sus sueños y sus realizaciones, en buena medida, está contenida en la Colección Conmemorativa que se ha editado.

Esta Colección, integrada por siete tomos, fue presentada por Juan Ramón de la Fuente en el acto en que el Instituto le rindió homenaje.

Sus méritos como educador y Rector fueron reconocidos por su Alma Mater; sus merecimientos en la medicina fueron destacados por la propia Academia Nacional; su visión como constructor de hospitales y planeador de la Ciudad Universitaria se destacaron por la Academia Nacional de Arquitectura; en sesiones mensuales se hizo recuento de los frutos del Instituto. Puntos culminantes fueron los homenajes nacionales encabezados por el Presidente de la República, el primero, en vida, al develar su busto en la explanada de los Médicos Ilustres de la Secretaría de Salud;

Finalmente, ante su féretro, en el Instituto que él construyó. Adicionalmente, los medios de difusión (radio y televisión) se sumaron a divulgar su vida y su obra; se acuñó una medalla y fue emitida una estampilla postal, que llevan su efigie.

Puede afirmarse, en síntesis, que Salvador Zubirán fue un representante genuino de generación de mexicanos cuya vida profesional resplandeció de los años veinte a los sesenta, cuando cuajó la vida institucional del país. Este ciudadano, médico de profesión, líder de sus iguales, quien connotó su capacidad de lucha como un sello distintivo de su comportamiento ante la vida, quien se enorgullecía de no haber flaqueado en sus propósitos y de no haber negociado nunca sus principios, fue un paladín en la modernización de México.

En fin, en todos los actos se destacaron las grandes virtudes del Maestro Zubirán y aun cuando hubo alusiones hacia su rico acervo humano, estos aspectos fueron mejor conocidos por quienes tuvimos la enorme fortuna de estar cerca de él.

¹ Palabras pronunciadas en la sesión solemne de la XXXVIII Reunión Anual de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, celebrada en la ciudad de Morelia, Mich., el día 25 de noviembre de 1998.

Por eso, en esta ocasión, deseo referirme a su dimensión humana que pude aquilatar y atesorar. Ahí cabe su fortaleza de carácter, su espíritu indómito frente a la adversidad, su apego a las instituciones, su satisfacción por los triunfos de quienes lo rodeaban, su amor incontenible que prodigó a raudales a quienes lo rodearon: su familia, sus amigos, sus discípulos y que él, en debida reciprocidad, recibió de todos ellos. De todo este cúmulo, yo he vivido el que le profesé como a un padre y que, en correspondencia, el me dio como a un hijo. Tres vivencias, que transitamos juntos, denotan esos característicos rasgos de su personalidad.

La primera, ya forma parte de la historia del Instituto: el empeño del Maestro por dotar a Nutrición de instalaciones funcionales que apoyaran su cometido y su vertiginoso desarrollo. Él mismo narra en su *Autobiografía, Mi Vida y Mi Lucha*, sus esfuerzos por disponer de un edificio que lo albergara. Este edificio fue planeado meticulosamente por el Maestro y sus más cercanos colaboradores y fue construido, entre 1957 y 1962, por la Secretaría de Salubridad y Asistencia en lo que sería el Centro Médico Nacional. Ya en 1958 tuvo que enfrentarse a un embate pues se le cuestionaba que las características del inmueble no correspondían a la función que se le encomendaba. Argumentó con firmeza y salió airoso. No obstante, casi al tiempo que se iniciara el traslado al nuevo edificio, apareció en un periódico vespertino una pequeña nota sobre la venta de todo el conjunto al Instituto Mexicano del Seguro Social. Alfonso Rivera y yo fuimos a ver al Maestro a su consultorio de Av. Chapultepec a fin de ponerle al tanto, pues no era el caso que esa infausta noticia le fuera comunicada por teléfono. Su reacción fue una mezcla de profundo enojo y pesar y negación a aceptar lo irremediable. Todavía pudo establecer contacto con dos de sus amigos en el gabinete presidencial quienes, después de las averiguaciones correspondientes, le confirmaron la veracidad de la información. Era un hecho consumado y no había nada que hacer. Al día siguiente, retiró de las paredes de su oficina los fotomurales del edificio en construcción, y, en su lugar, colocó la fotografía del edificio de Dr. Jiménez. Nos dijo que nos olvidáramos de todo pues la ilusión de un nuevo edificio había sido sólo eso, un hermoso sueño, que el inmueble que el muro mostraba ahora es lo que en realidad teníamos y ahí tendríamos que seguir produciendo. Nos exhortó a despejar el dasaliento y a seguir trabajando con ahínco, que ya vendrían tiempos mejores. Éstos llegaron, pues sus afanes se vieron recompensados en 1967, con las actuales instalaciones. Su recia figura se agigantaba ante las situaciones adversas, que con valor y coraje enfrentaba, sin arredrarse por la magnitud de los obstáculos. Fue ejemplar su perseverancia para conquistar las metas que se trazaba.

La segunda vivencia, que he podido relatar en más de una ocasión, ocurrió cuando fui designado Rector de la

Universidad Nacional Autónoma de México por la Junta de Gobierno, el 3 de enero de 1973. Desde agosto de 1972 yo me había comprometido con el Maestro para regresar a Nutrición como Subdirector, con la intención de hacerme Director a su retiro del cargo, lo cual planeaba para un año más tarde. Al conocer la decisión de la Junta de Gobierno le avisé que le vería al día siguiente y, a temprana hora, acompañado de Ramón de la Fuente, entonces miembro de la Junta de Gobierno, me presenté a explicarle que no podría cumplir con mi propósito de reincorporarme a su Instituto. No hubo oportunidad para que yo le dijera nada, pues, para mi sorpresa, El Maestro, que estaba acompañado de la plana mayor del Instituto, atajó mis palabras y dijo: *"no hay explicaciones que dar. No caben porque los intereses de la Universidad son lo primero, ni hay tiempo para ellas. La Universidad está en grave peligro, hay que agarrar el fusil e ir a la trinchera a defenderla, pues significa el futuro de la nación. La Junta de Gobierno no se ha equivocado; la designación es magnífica. La Universidad está en buenas manos. Todos los universitarios que amamos a la Universidad vamos a rescatarla detrás del nuevo Rector"*. Esta anécdota revela el gran respeto que tuvo siempre hacia la Universidad y, en general, hacia las instituciones en donde sirvió con una entrega sin límites. Tengo, para mí, que también estaba orgulloso de que a su muchacho se le diera tamaño encargo. Me he vanagloriado de que yo más que nadie, disfruté de su cobijo protector y de sus sabias enseñanzas.

La última vivencia se refiere al momento en que el Maestro nos comunicó a Socorro, mi esposa, y a mí, su decisión de contraer matrimonio con la encantadora María Luisa. Era, el de la voz, Secretario de Salud, y al finalizar una reunión de Asesores, grupo del cual él formaba parte, me pidió hablar en privado; me dijo que tenía una nueva que comunicarnos pero debía ser a los dos al unísono por lo cual acordamos una cena, sólo los tres, en uno de los siguientes días. Nos hizo saber de su decisión durante la cena y acordamos una reunión, para pronto, en la cual nos presentaría a su prometida. Así que estaba resuelto a compartir su vida, intensa siempre, en compañía de María Luisa con la cual caminaría, según relata en su *Autobiografía*, *"cogidos de la mano por el sendero de la vida, que se estrecha cada vez más, hasta llegar al sitio en el que me desprenda, para tocar y que se abra para mí la puerta de la eternidad"*.

Llegó con María Luisa a visitarnos un día en que había un juego correspondiente a la primera fase del Mundial de fútbol de 1986; nuestra casa estaba llena de hijos, nietos y amigos de unos y otros, viendo el partido. Así que nos tuvimos que retirar al jardín donde platicábamos cuando, de pronto, se escuchó un grito de gol que provocó mi carrera al interior a fin de ver la repetición. Ese incidente puso de manifiesto la tolerancia de María Luisa a

mis malas maneras, buen augurio par fincar una sólida amistad como ha sido el caso. A los pocos días, fuimos testigos de su boda celebrada en Chihuahua el 29 de junio de 1986, fecha en la que, por cierto, no tuvo ninguna consideración para sus amigos, pues fue la noche anterior a la final del Mundial de fútbol a la cual apenas alcanzamos a llegar. Hoy, de nueva cuenta, el maestro Zubirán irrumpe pues nos ha impedido asistir al primer juego entre Pumas y Cruz Azul que arranca la liguilla.

Amor intenso y ternura infinita destilaron desde aquel momento hasta su muerte.

Amor que también desparramó a manos llenas, a sus familiares, a sus amigos y a sus discípulos, pues todo lo que sembró lo cosechó con creces: fue un hombre universalmente amado.

En los doce años que duró su vida matrimonial, pudimos departir las dos parejas asiduamente y viajamos juntos con cierta frecuencia, muchas veces para disfrutar esta majestuosa ciudad. Por cierto, el 4 de octubre, de ese año, 1986, nos acompañaron a la inolvidable jornada en la que la Universidad de Salamanca me confirió el doctorado *Honoris Causa*, y entonces fue él quien tuvo que regresar apresurado a recibir la presea Belisario Domínguez el día 7 y apenas llegó a tiempo. Al salir del Senado, con emoción le dijo a María Luisa, palabras también tomadas de su *Autobiografía*: "*Esta medalla tiene toda mi actividad; todos los triunfos que he logrado, están ahí encerrados en esa medalla. Quiero que tú la tomes en tus manos, porque son tuyos, a ti te pertenecen, de manera que, ya que en esta medalla está mi amor, te la entrego como una demostración de ese amor por ti*".

Por eso deseo terminar evocando uno de sus últimos pensamientos, pleno de amor, que dirigiera a su amada

esposa. Unos cuantos días antes de su muerte. Socorro y yo tuvimos el privilegio de escuchárselo en la placidez de su casa cuernavaquense.

El pensamiento deja ver, a las claras, como veía la vida, a sus prácticamente cien años de edad, ese ser humano de excepción. No es la misma voz pero al fin y al cabo es la voz de su hijo que aspira a estar a la altura del gran amor que él te tuvo. Dice así:

"En la terraza de mi casa en Cuernavaca, el ambiente tibio y perfumado y el azul del cielo... Enfrente, el jardín con el árbol Tabachín de María Luisa... la luz del cielo y el azul de la alberca... Al lado izquierdo, las azuleas rosadas y el puñado de azuleas blancas... y un poquito más allá, el bosque de Aves del Paraíso. En un rincón, la hermosa cubierta de flores blancas que parece un arbolito de Navidad... Al frente, mi amigo querido, San Francisco de Asís... Más allá, el lindo morado de las bugambilias. A la derecha, otras bugambilias y un poquito más allá, otro arbolito de Pascuita...

Oímos el cantar monótono de las primavera y vemos el violento, inquieto y travieso volar de las golondrinas.

Así, a mi lado, mi amor, mi dulce amor; siento de cerca su aroma y el calor tierno de su cariño... aprieto su mano y transmito lo que el corazón emana para ella ¡Qué dulce, qué amorosa, qué linda mujer es mi María Luisa! Así, juntitos, permanecemos, contemplando ese ambiente que he descrito...

Pasan las horas...de vez en cuando sentimos un vientecillo fresco que nos sopla y el cielo se va poniendo gris y se escuchan los destemplados chillidos de las chicharras y los grillos. Llega la noche y seguimos allí, a veces callados, a veces en amable plática, pero sintiendo siempre la corriente de amor que emana de nuestros corazones!"